

Este archivo contiene un capítulo del libro de  
**Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos***  
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega  
**Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999**  
ISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>  
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)  
**DISTRIBUCION GRATUITA \* PROHIBIDA SU VENTA**

### *Capítulo 3*

## *Años 1957 y 1958: comienzo de las huelgas, desarticulación del Partido y clandestinidad de Horario*

Desde el año 1952 hasta el 1957 apenas se produjeron movimientos clandestinos o de masas. Sin embargo eran años durísimos y de necesidades. Los sentimientos de las personas todavía rotos. Por ejemplo, cuando un verdugo sevillano que una mañana iba a hacer una ejecución en la cárcel de Oviedo, se quejó, ante los policías armados que estaban formados para dar algo de solemnidad a la ceremonia, del frío que hacía en Asturias, pero también se quejó de que en vez de dos ejecuciones se iba a producir sólo una, por lo que cobraría menos prima, los policías se asustaron de aquel funcionario que se entristecía por tener que ejecutar sólo a una persona.

En 1955 sucedió un extraño caso en Ensidesa. Una avioneta, pilotada por el alemán Kilber, se estrelló cerca de Llanera. En la documentación encontrada había implicaciones económicas hacia el gerente de Ensidesa, Félix Aranguren Salas. Desde la capital de España dieron órdenes a Claudio Ramos para que hiciera un informe. Este se dirigió a Diego O'Neil, a quien conocía ligeramente de hacía años. O'Neil, que estaba postergado en Ensidesa, colaboró en todo momento con el policía y durante días, en la casa del primero, prepararon los informes y el desembarco en Ensidesa de una nueva plana mayor, con el presidente Aureo Fernández Avila, que restituyó a Diego O'Neil al puesto que le correspondía. Nació así una entrañable amistad entre el policía y O'Neil, que sería de gran utilidad a Ramos para cuanto

tuvo entre sus manos tocante a Ensidesa. A través de O'Neil y de Aureo, Ramos metió a trabajar en esta fábrica a un gran número de personas (de hecho Aureo quería que Ramos dejara la policía y entrara a trabajar en Ensidesa, en asuntos sociales). O'Neil, hombre de fidelidad a sus ideas y a sus amigos, era hijo de un teniente coronel de regulares muerto en la Guerra Civil. A los 15 años, falsificando la edad, se había alistado en la Legión y durante el tiempo que luchó en la guerra española consiguió dieciséis medallas militares, en la División Azul logró dos cruces de hierro de 1ª y 2ª clase respectivamente.

O'Neil nunca le falló al policía Ramos. En Ensidesa formaron una auténtica oficina de información, para controlar todos los movimientos de los comunistas y sindicalistas. Granda, un conserje, era el encargado de convencer a los comunistas para que contaran cosas cuando viniera el policía Claudio Ramos. O'Neil prestaba su oficina para que se entrevistara con los que Granda convencía. En una ocasión O'Neil escuchó cómo uno de los trabajadores, de los considerados líderes de la empresa, le decía a Ramos:

—*Yo se lo cuento todo, pero no me dilate (pronunciaba dilate en vez de delate.)*

Ramos seguía el juego y le contestaba:

—*Te doy mi palabra, que yo no te dilato.*

Y es verdad que no le delató.

Sin embargo en 1957 empezaron las huelgas mineras, que se incrementaron en 1958. El 7 de marzo de 1957, durante la llamada «huelga del Guaje», se produjeron encierros en la mina. Era una auténtica provocación para el Régimen, y aunque era un movimiento en busca de reivindicaciones económicas, como es natural el Partido Comunista lo aprovechó todo lo que políticamente fue posible. Ese año de 1957 sería clave en la vida policial de Claudio Ramos.

Por primera vez, desde el año 1934, los mineros hacían una huelga en serio. Un año antes hubo otra, en La Camocha, pero que no alcanzó la fuerza de ésta. El Régimen miraba con preocupación. Su problema principal eran sobre todo los encierros en el Pozo María Luisa, y la solidaridad que se producía en otros pozos. En La Nueva se iba a distinguir Manuel González *Otones*, que logró convencer a los mineros para encerrarse solidariamente con los de María Luisa. Bajó al pozo el ingeniero, y *Otones* dijo:

—*Bueno, el que quiera salir que salga.*

No salió ninguno. Bajó también Castaño, que era del PSOE, a intentar disuadir a los mineros, pero tampoco lo logró. *Otones*, cuando volvió la calma, fue condenado, y cuando salió de la cárcel ya estaba «marcado». Al año siguiente fue de nuevo detenido y condenado a cinco años de cárcel, que cumplió en Burgos (en la llamada Universidad de los obreros). No era la primera vez que *Otones* era detenido, ni sería la última.

En el año 1951 tenía escondidos en su casa a *El Peque* y a *El Rubio*. Sospechó algo y los sacó de casa: al día siguiente apareció la Guardia Civil con *Canor*, el guerrillero que una vez detenido «cantó» dónde estaban Quintana y otros guerrilleros. Había delatado también la casa de *Otones*, por lo que la Guardia Civil asaltó su casa y lo sacó de la cama a bastonazos, llevándole al Cuartel de Gijón. Después de quince días en las caballerizas fue juzgado por enlace con los bandoleros, ya que tenía contacto con Inocencio Belaza Corcuera, de Navarra, que era un experto en pasar guerrilleros por el monte con destino a Francia. *Otones* fue condenado a doce años, de los que cumplió cinco en la cárcel de Guadalajara, donde protagonizó una huelga de hambre. Le tocó hacer la mili en Burgos, pero no le permitieron hacer servicio de armas. Vuelto a su trabajo en La Nueva, un día le visitó Mario Huerta y le habló de la reconciliación nacional: había ya mucha gente joven que no había pasado la Guerra Civil y se hacía necesario olvidar. *Otones* entonces, por el contrario, estaba a favor de la lucha armada, aunque luego fue uno de los defensores de la política de reconciliación nacional.

De la condena a cinco años, tras su detención en 1958, cumplió *Otones* tres en el penal de Burgos, donde aprendió el oficio de encuadernador. Sirviéndose de las encuadernaciones lograba sacar información de la cárcel, con destino a Radio Pirenaica. La Policía, sospechando que salía de allí la información, registró la cárcel, sin localizar nada.

El encierro en el Pozo María Luisa hizo que el Ministro de la Gobernación, «el temible» Camilo Alonso Vega (que un mes antes había sido nombrado para este cargo, donde se mantuvo doce años, ocho meses y dos días), cursara orden de bajar a la mina para sacar a los encerrados. Unos cuantos policías armadas que habían sido mineros estaban dispuestos a cumplir aquella orden, que podría acabar convirtiéndose en una masacre para unos y otros. Se estaban preparando en Oviedo, mientras en la boca del

pozo estaban unos pocos guardias civiles y Claudio Ramos, cuando empezó a correrse la voz de que los encerrados se disponían a salir. Claudio Ramos ordenó a la Guardia Civil que se pusiera delante de la salida, para que la gente que estaba allí presente no viera el deplorable aspecto de los que salían, algunos encamillados, y llevó a la Policía Armada (volvían después del año 1952) a la parte de atrás, para desalojar a los presentes. Fue una buena estrategia para que los familiares y compañeros no vieran el aspecto de los encerrados, evitando así un espectáculo que podría haber desencadenado un terrible follón, y quizá haber acabado de forma brutal.

En 1957 el cabo González, del Servicio de Información de la Guardia Civil de Sama, ya famoso por su dureza y profesionalidad, se ganó para el servicio de la Benemérita a *Ramiro*, un minero del pozo María Luisa. Todo fue a través de un practicante que había redimido penas en el pozo Fondón por una estafa, y que por ser madrileño era conocido como *El Madriles*. Allí había conocido al cabo González, que era entonces encargado de la vigilancia de estos presos redentores. *El Madriles* había conocido a *Ramiro* en el sanatorio Adaro. Habiendo hecho buena amistad *El Madriles* lo comentó con el cabo, al que le dijo que se trataba de un minero diferente, que no estaba politizado y parecía pensar por su cuenta. Presentó a ambos y se produjo entre ellos cierta simpatía. *Ramiro* observó que el cabo era muy profesional y trabajador y accedió a colaborar con éste en cuanto se lo pidió.

Cuando el cabo le preguntó a *Ramiro* si conocía algún comunista, le contestó que suponía que sí, y más en concreto le habló de Lorenzo Garrido, que solía darle *Mundo Obrero* y algún panfleto clandestino. El cabo le recomendó que se dejase querer y que siguiese el juego, juego muy peligroso, pero *Ramiro* era la persona idónea para esto, inteligente y frío, tirando a tímido, nada fanfarrón, silencioso. Además tenía algunos estudios de bachiller, lo que para los años cincuenta equivalía a un licenciado de hoy. Fue *Ramiro* hombre totalmente fiel a la Guardia Civil. Siguió el juego a Lorenzo Garrido, que efectivamente le dijo un día que pertenecía al Partido y le animó a que él se afiliara. Cuando se lo contó al cabo González éste no cabía de gozo y le pidió que aceptase la propuesta. *Ramiro* quiso verse amparado por alguien más de la Benemérita, y de mayor graduación, presentándolo entonces González al comandante Cruz Aldea, que ya esta-

ba al tanto de todo. *Ramiro* encontró en el comandante a un caballero de pies a cabeza, que le dijo:

—*A partir de ahora usted es mi hijo, afíliese al Partido y adelante, yo le ampararé en todo momento.*

Y así se lo demostraría en diversas ocasiones. Una vez afiliado al Partido, Lorenzo Garrido organizó una entrevista de *Ramiro* con Saturnino Márquez Amaro, responsable de los comunistas en el barrio de la Joecara. Era Saturnino hombre frío e inteligente pero *Ramiro* lo fue más. Le pidió que organizase una célula para la tirada de propaganda, cosa que hizo por San Martín del Rey Aurelio. Cuando más iba conociendo los entresijos del Partido más anticomunista se hacía *Ramiro*, le decía al cabo González:

—*Piden reivindicaciones a los empresarios, pero si las consiguen pedirán algo imposible para ir a la huelga, no les importan nada los obreros, sólo quieren que se haga oír el Partido.*

En los encierros de 1957, fue encargado por el Partido de ir a convencer a Amalio, el cura de Cíaño, de que la huelga no era política, sino que todo era por motivos económicos y sociales. Querían que fuese *Ramiro* porque les parecía una persona cultivada y además no había duda sobre sus antecedentes, pues su padre, militante del Partido Socialista, había muerto en la Guerra Civil. En efecto, *Ramiro* habló y convenció al cura, que incluso llegó a dialogar con los encerrados en el pozo.

En el mes de junio el comandante Sáenz de Santa María, jefe de la 2ª Bis, o servicios de información del Gobierno Militar, en una reunión le pidió a *Ramiro* que le mandara a él directamente información sobre el clandestino Partido Comunista. Le dio además un carnet como agente de la 2ª Bis, con fecha de 17 de julio de 1957, y le dijo el comandante que lo usara en caso de tener algún altercado con la Policía. *Ramiro* nunca informó a Sáenz de Santa María, siempre lo haría a la Guardia Civil, y tampoco usó nunca el carnet de agente de la 2ª Bis.

En marzo de 1958 volvieron los mineros a la huelga, reivindicando aumento de destajos y de sueldo. Ya estaba el Partido Comunista más organizado. Con la primera máquina que tuvieron en casa de Celso el de la Mosquitera, hicieron propaganda día y noche. Claudio Ramos ya tenía entonces *amigos* dentro del Partido, entre ellos uno, muy veterano, José María Urquiola Iglesia, al que era difícil sacarle algo.

De Madrid, donde el Gobierno estaba muy preocupado por la agitación que no cesaba en Asturias, llegó una unidad de la Brigada Social. Reunidos en la comisaría de Oviedo estaban estudiando la forma de detener a la gente y a qué personas. En esto Claudio Ramos sacó de un bolsillo un papel con una serie de nombres de los que dirigían el Partido, además venía con cada nombre el barrio o el pueblo donde vivían. Quedaron todos boquiabiertos, y dejaron en sus manos toda la estrategia para las detenciones.

Ramos sabía que el problema principal era económico. Le habían hablado de un minero, Bibiano Durán, y ni corto ni perezoso fue a visitarle a su casa. Viendo sobre la marcha las necesidades que éste tenía se hicieron amigos. Ya sabía Ramos que el Partido iba a incidir en la huelga, para prolongarla todo lo posible, pero con la información que obtuvo de Bibiano y otros preparó su plan. (Bibiano a partir de entonces quedó marcado como confidente ante el resto de los mineros, eso a pesar de que en 1962 fue deportado.)

Decidió Ramos que a las doce de la noche comenzaran las detenciones por las casas. Había previsto entre ellas la de Horacio Fernández Inguanzo, pero cuando Claudio Ramos avisó a la Policía gijonesa, le contestaron que con ese no había problema, ya que se presentaba cada quince días en la comisaría. Claudio Ramos les advirtió:

—*Dejaros de presentaciones y a las doce hay que detenerle.*

Los de Gijón, listos ellos, se fueron a buscar a Horacio a las diez de la noche, y la casualidad hizo que Horacio estuviera en un bar echando una partida a las cartas. Era un bar cercano a su domicilio, y fue casualidad porque Horacio no tenía por norma jugar a las cartas. Desde el bar observó el movimiento policial, se escapó y a través del monte, caminando toda la noche, se desplazó a Oviedo, a la casa de su amigo el maestro José Ramón Pérez Prida, donde pernoctó y ya se hizo clandestino.

Pérez Prida era natural de Beloncio (Infiesto) y nunca tuvo la Policía la mínima sospecha de él. Muy poca gente del Partido llegó a conocer su casa. Vivía en la calle Luis Braille, y en su domicilio se reunieron en ocasiones Horacio y Mario Huerta. Otras veces se refugiaba allí Horacio, siempre pocos días, siendo así muy difícil su seguimiento. Hubo otros maestros, que habían estudiado con Horacio, a los que la Policía siguió por si le ayudaban, pero no estaban en la órbita de Pérez Prida.

Con aquella redada quedó prácticamente desarticulado el Partido. Entre otros detuvieron al líder legal Higinio Canga *Saborit*. La Brigada Social tenía entonces sólo un coche Citroen, pero para las masivas detenciones la Diputación prestó cuatro Seat 1400 con sus correspondientes conductores. Luego llegaron cuatro furgonetas de Madrid, especiales para hacer detenciones. Iban deteniendo y como al llegar a la comisaría «cantaban», volvían a por más. Fueron unos días en los que los policías de la Brigada Social trabajaron a base de bien, porque los chivatazos informaban del nombre por el que eran conocidos los delatados, como *Paquillo*, que era andaluz y de tal barrio o pueblo. Con estas pistas los policías tenían que descifrar el apodo o mote, localizar a la persona y detenerla. Cayeron muchos mineros andaluces, que se comportaban muy solidarios y duros.

La más dramática de las detenciones tuvo lugar en el pueblo de Faedo. Allí se presentaron los policías Fuente y Blázquez junto con otros dos inspectores y dos guardias civiles. Era de noche, llamaron a la puerta, preguntando la mujer que quién era. Cuando contestaron todos al unísono que la Guardia Civil, la mujer abrió la ventana de la planta y comenzó a insultar al benemérito Instituto y a los propios guardias, a los que llamaba hijos de puta. De pronto se dio la vuelta y a los pocos segundos los policías oyeron gritos de pánico, bajando la mujer a abrir a éstos. Al entrar se encontraron en la habitación a Manuel, que era a quien buscaban, tirado en la cama con una navaja en la mano y el brazo extendido con un enorme boquete en el cuello. De inmediato los policías le metieron una sábana para que no se desangrara, y al tomarle el pulso le dieron por muerto, por lo que a través de los vecinos avisaron para que viniese el doctor Delfín y el juez de guardia. Casi una hora tardó en llegar el galeno, que comprobó que Manuel no había fallecido, por lo que fue trasladado al hospital Adaro, donde se recuperó. Luego fue juzgado por la huelga de aquel año.

Por su parte la Guardia Civil, con toda la información proporcionada por *Ramiro*, comenzó las detenciones en la madrugada del 19 de marzo. Detuvieron por Sama y San Martín cerca de 200 militantes y simpatizantes, entre ellos al propio *Ramiro*, para no levantar sospechas. Le subieron a un Land-Rover, donde iba el cabo González en el asiento delantero. Con él iban otros detenidos, y llegados al cuartel de las Tejeras, simulaban maltratarle y

hasta someterle a tortura (le pedían que gritara fingiendo dolor, contestando él, «es que no me sale»). *Ramiro* fue deportado, junto con otros pocos, hasta junio del mismo año.

Como pasaban las semanas y no recibía dinero ni para pagar la pensión ni para la manutención de su esposa, se dirigió a Cruz Aldea, que ya había ascendido a Teniente Coronel y estaba destinado en la comandancia de Oviedo. Cuando le contó el caso Cruz Aldea dijo:

—*Esto no puede ser, mañana preséntate a mí en el cuartel entrando por la puerta trasera para no ser visto.*

Allí se presentó *Ramiro* y en efecto el Teniente Coronel Cruz Aldea le demostró que era un hombre de honor. Le llevó a presencia del Coronel Candón Calatayud y le explicaron el caso, añadiendo Cruz Aldea que *Ramiro* era como su propio hijo. El coronel quiso dar largas diciendo que iba a llamar a la Dirección General para que mandasen el dinero, pero le interrumpió Cruz Aldea que dijo:

—*No, no mi coronel, Ramiro no puede esperar más, la comandancia tiene una caja, saque de ahí el dinero y cuando llegue de la Dirección repóngalo.*

Y le dieron a *Ramiro* allí mismo 25.000 pesetas (de las de entonces).

Estuvo deportado hasta el mes de junio, en que volvió a la mina. Por suerte para él le salieron en la espalda unas manchas, que hicieron creer al resto de los mineros, que se las vieron en el vestuario, que se trataba de secuelas de la tortura que suponían había sufrido tras ser detenido. En noviembre la Guardia Civil le sacó otra vez de la mina, esta vez para enviarle a trabajar a León, a las oficinas de unas obras de construcción. Para ello estuvieron en contacto con el gobernador civil de la provincia vecina, Sáenz de Buruaga. Allí estuvo unos meses y luego le trasladaron a Avilés, a las oficinas de otras obras. Una vez en Avilés empezó a pensar *Ramiro* que aquel trabajo no era ni fijo ni bien remunerado, por lo que le pidió a Cruz Aldea que hiciese lo posible por meterle a trabajar en Ensidesa, cosa que logró el guardia civil. En Ensidesa conocería *Ramiro* a dos falangistas de Turón, Alfredo Zapico y Demetrio, que había colocado allí Claudio Ramos, y que junto con O'Neil formaron una auténtica célula de información para la Policía.

Con la caída de Higinio Canga *Saborit* todo el Partido quedaba en manos de Horacio, que no perdió el tiempo, reorganizando



a marchas forzadas lo que quedaba de los comunistas. Pronto buscó Horacio otro refugio, aparte del que ya tenía en casa del maestro Pérez Prida y por lo que a Oviedo se refiere.

Por lo pronto Horacio se reunía en una escombrera en Carbayín, allí hablaba a los seguidores y les daba consignas. Uno de estos era un joyero que trabajaba en la joyería de Pedro Alvarez, de nombre José Sánchez Díaz. Había estudiado para cura y en la Guerra Civil llegó al cargo de teniente. Tenía amistad con Alvaro, que también era joyero, y ambos comunistas. Alvaro tenía familia en Villapérez, el domicilio de su suegra, Consuelo García, que también era simpatizante del Partido. La casa era muy buena para esconder a cualquiera. Villapérez está cerca de Oviedo y era a la vez un pueblo muy tranquilo, así que Alvaro contactó con su suegra, dueña de la casa, en la que vivía también su hija Carmen y el esposo de ésta, Felipe San José. Todos dieron la aprobación para que en la casa se escondiera un perseguido por razones políticas, y fue José Sánchez el que llevó en su moto a Horacio a esa casa en varias ocasiones.

No sólo era ese el lugar de refugio del sufrido Horacio, tenía casas en Mieres y Sama, y también llegó a refugiarse en unas escombreras de Cerdeño, tapándose por las noches con cartones. Pero el lugar que más le gustó a él fue el de Villapérez. Solía dejarle en moto José Sánchez aproximadamente a 500 metros de la casa de Consuelo. Horacio se iba andando y al pasar junto a la casa tiraba una piedra pequeña a los cristales del piso de arriba, donde dormía Consuelo. Luego Horacio seguía caminando aproximadamente otros 500 metros y volvía a la casa. Consuelo había bajado a abrir la puerta y dejarla semicerrada para que a la vuelta pudiera entrar Horacio, con el que tuvieron una gran amistad y afecto (más bien admiración). En una ocasión Horacio fue atropellado en «la Estrecha» por un vehículo. Insistió el conductor en llevar al atropellado al hospital, pero este se negó, hubiera sido su final en la clandestinidad.

Claudio Ramos se enteró de ese refugio de Horacio a través de Company, comunista de Gijón que ya había sido detenido y guardado cárcel en el año 1946. Ramos le hizo *amigo* y éste le dio «el cante». Siguió la Policía a José Sánchez, al que le pusieron dos alias, *El Curín* y *El Joyas*, pero tras casi un año de seguirle en una moto Vespa, propiedad del policía Canseco, al que acompañaba Fuente sentado en la parte de atrás, desde la casa donde

vivía en La Tenderina hasta su puesto de trabajo en la Joyería de Pedro Alvarez, no le vieron nunca relacionarse con nadie. Como vivía en una casa de la familia Aro le pidieron información a éste, que les contó que era comunista, hablándoles también de Alvaro. La familia Aro tenía problemas con *El Joyas* por asuntos de la vivienda alquilada: *El Joyas* no se dejó avasallar y siguieron durante años las discrepancias entre ellos.

Como no había manera de pillarle «in fraganti», un día en la calle Muñoz Degraín, en aquella época que apenas había iluminación, le metió la Policía en un coche simulando un pequeño secuestro. José Sánchez debió pensar que lo iban a «pasear». Ramos le preguntó:

—¿Vas a hablar?

Reconoció que había llevado a Horacio en varias ocasiones a Villapérez y que tenía reuniones con él y otros en una escombrera en Carbayín. A *El Joyas* le dejaron en libertad, y avisó a los enlaces de lo que le había sucedido. Horacio prudentemente estuvo una temporada sin pasar por la casa, la policía puso vigilancia e incluso hablarían con el dueño de un bar desde el cual se divisaba perfectamente el domicilio de Consuelo. El del bar dio buenas palabras a la Policía pero no hizo caso.

Volviendo a la huelga, también se produjo alguna detención entre los socialistas. La orden vino dada desde la Dirección General de Seguridad, puesto que la Policía asturiana no quería «tocar» a los socialistas, que eran totalmente inofensivos. Se reducían prácticamente a una pequeña llama dirigida por Emilio Llana, a quien los policías tenían por un hombre de bien, pero tuvieron que cumplir la orden y Llana junto con otros pocos de su Partido tuvo que ir una pequeña temporada a la prisión. Más problemas tuvieron con Peláez, un socialista que jugaba en El Juvencia, y que trabajaba en Química del Nalón. Llegó Fuente por la noche con otro policía y tras detenerlo le llevaron hasta el Cuartel de la Guardia Civil, para ver si tenían calabozo. Como no lo tenían, hicieron lo mismo en los municipales y al salir de preguntar, Peláez se agarró a los policías y los tres rodaron por el suelo, el socialista se levantó rápido y salió corriendo, y mientras Fuente le disparó seis veces, desapareció a través del río Trubia. Peláez unos días después se presentó en el Juzgado de Sama. Fuente siempre se arrepintió de aquellos disparos, por la desgracia que pudiera haber hecho en un momento de irreflexión.

Los representantes del PSOE detenidos entonces fueron los siguientes: Genaro Fernández López (Cafetería Niza), Vicente Fernández Iglesias (La Hueria), Amalio Alvarez Martínez (El Caleyú), Emilio Llana Prieto (La Manjota), Graciano Fernández García (El Entrego), Cecilio Pérez Castaño (Sama), Ángel Valle Riestra (La Manjota), Fernando Cabal Pintado (La Corredoria), Vicente Suárez Suárez (Hueria de San Andrés) y Manuel Peláez Fernández (Trubia).

Años después a los socialistas les mandaban la propaganda desde Francia. En Irún la Policía la fotocopiaba y la dejaba llegar a Rubial, que luego la distribuía a través del correo por toda España. En Asturias la Policía seguía su pista y sabía que llegaba a Emilio Barbón. El depósito era la zapatería de Pablo García, en Pola de Laviana. Nunca quisieron hacer registros. En 1960 serían detenidos tres socialistas, Herminio Alvarez Iglesias, Avelino Pérez Fernández y Prudencio Magdalena Fernández, y condenados a penas leves. Pero sin duda el enemigo del Régimen era el Partido Comunista, lo demás era poca cosa.

En las detenciones de 1958 noventa hombres, casi todos comunistas, pasaron a disposición del juez y de éstos 32 fueron condenados a diversas penas. Por las acciones del año 1958 y las acumuladas desde el comienzo de su carrera, a Claudio Ramos les dieron la medalla de plata al mérito policial (en el año 1964 recibiría la medalla roja, ambas pensionadas).

También fue nombrado Claudio Ramos inspector jefe de la Brigada social de Asturias, distribuyendo la forma de trabajo del siguiente modo:

Fuente, su hombre de confianza, se encargaba de llevar los asuntos de Langreo. En Sama había una comisaría que dirigía el policía Blázquez, hombre bondadoso y de trato cordial con los detenidos.

Los asuntos de Mieres eran llevados por Palacios, hombre también de su confianza. Allí el encargado de la comisaría era el inspector Arce, famoso por su dureza y falta de contemplaciones. La comisaría de Avilés la llevaría directamente uno de los policías allí destinados, Ramiro Ledesma.

Gijón tenía más autonomía. Pasada una temporada su hombre de confianza sería Eradio, hasta que fue separado del servicio, cuando dio muerte a su esposa y a Monasterio, famoso médico gijonés, cuando practicaban el adulterio en un coche cerca del Molinón.

Pero la red de información la tendría prácticamente él solo a su servicio, sorprendiendo siempre a sus subordinados con nombres, domicilios y filiaciones.



Cárcel de Segovia, enero de 1970.  
Horacio Fernández Inguanzo y *Otones*



Cárcel de Segovia, 6 de enero de 1970.  
Gerardo Iglesias, Espina y *Otones*